

Carta a don José Luis Rodríguez Zapatero al finalizar su etapa como Presidente del Gobierno de España

## LAS OBSESIONES PRIVADAS CONVERTIDAS EN PRIORIDADES DE LA REPÚBLICA

Señor Presidente\*:

A ún recuerdo cuando, en la cita con las urnas del año 2004, sus asesores de campaña concibieron la sigla ZP. Zapatero Presidente. Un buen reclamo publicitario, sin duda. Y más en una época como la nuestra en la que prácticamente todo –el candidato a presidente de una nación incluido– deviene una mercancía lista para ser vendida y comprada. En demasiadas ocasiones, a la manera de la ropa deportiva, los relojes, los coches o los yogures, el político se ha convertido también –o le han convertido con su permiso y colaboración– en una marca que busca clientes/votantes en el mercado electoral. En un mundo fascinado por las marcas, usted encontró su público. Una marca *prêt-à-porter*, eso es lo que era usted, señor Presidente. En el seno del PSOE –seguro que usted lo recuerda todavía– la sigla ZP no gustó demasiado. La vieja militancia socialista entendía que un partido con más de cien años de historia no podía vender una mera imagen publicitaria.

Si me permite la licencia, voy a tirar del hilo de la crítica de la vieja militancia socialista que le equiparaba a una imagen de marca, para compararle con Silvio Berlusconi. Usted no es Silvio Berlusconi. Quede claro. Pero

---

Miquel Porta Perales es articulista y escritor.

\* Cuando el autor escribió el texto, José Luis Rodríguez Zapatero era aún presidente en funciones del Gobierno.

ambos comparten una manera de entender e interpretar la política –un aire de familia– que merece señalarse cuando se trata de explicar y valorar su acceso al poder y sus casi ocho años al frente del Gobierno de España.

## **USTED HA INAUGURADO EN ESPAÑA EL NEOPOLULISMO POSPOLÍTICO QUE REDUCE LA COMPLEJIDAD DEL PRESENTE A UN DISCURSO GASEOSO E INSIGNIFICANTE**

Tras la última victoria de Silvio Berlusconi en las urnas (2008), Ezio Mauro –director de *La Repubblica*– publicó un artículo –*L'eterno ritorno del Cavaliere*– que brinda elementos para analizar y entender la época de la pospolítica en que vivimos. Afirma el periodista italiano que “Il Cavaliere ha creado un sentimiento común de rebelión y orden que él impulsa y agita en función de las etapas y las conveniencias, con total libertad, porque no tiene que responder a una verdadera opinión pública ni dentro del partido ni en el país, sino que le bastan una adhesión, un aplauso, una vibración de consenso, como ocurre cuando la política se celebra a base de grandes acontecimientos, los ciudadanos se vuelven espectadores y los líderes se convierten en ídolos modernos, para utilizar la definición de Bauman. Unos ídolos tallados a medida de la nueva demanda, que ya no cree en formas eficaces de acción colectiva; unos ídolos ‘que no indican el camino, sino que se ofrecen como ejemplos’”. Y Ezio Mauro concluye –eso es lo que me interesa ahora– que asistimos a la emergencia de “un populismo de la modernidad” que ignora “la mala experiencia del gobierno”, “la fatiga del lenguaje”, “las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”.

Señor Presidente, a la manera de Il Cavaliere usted es la expresión del populismo de la modernidad en España. Usted ha inaugurado en España una suerte de neopopulismo pospolítico que toma cuerpo y forma en torno al paternalismo, la adhesión y la emoción. Un neopopulismo que se expresa a través de una ideología gaseosa que apela a la autenticidad y a una nueva manera de entender y practicar la política que remueve y promueve los sentimientos y deseos del *pueblo* a través de un lenguaje –la paz, el talante, el diálogo, la solidaridad, la laicidad, la memoria histórica, la igualdad de género, la lucha contra el cambio climático, el multiculturalismo, la Alianza de Civilizaciones o la

España plural: todo ello marca ZP– que reduce la complejidad del presente a un discurso literalmente insignificante y repleto de tópicos. Un neopopulismo –sin sustancia, pero transmitido con gravedad y circunspección– que diseña una imagen de marca, dotada de una determinada aura, que se ofrece al ciudadano consumidor o no de política. Y el mérito de la imagen de marca ZP –un excelente trabajo de *marketing*, sí señor– consiste en haber captado el estado de ánimo –no sabemos si la naturaleza– de una sociedad indolora en que la persona es el mensaje. Un detalle importante que retener: la imagen de marca ZP combina la ideología gaseosa con las características habituales del populismo, es decir, el uso y abuso de la palabra, la invención de la verdad, la fustigación y exclusión de un adversario político convertido en enemigo.

¿Cómo vender este pensamiento flácido a una sociedad en que la persona –la imagen– es el mensaje? Diseñando, empaquetando y distribuyendo un candidato-mercancía que refleje los intereses de una parte del votante-consumidor. Y el elegido –usted, señor Presidente–, consciente de que el secreto está en la imagen, crea, por ejemplo, un Ministerio de Igualdad, designa a una mujer como ministra de Defensa, anuncia la reforma de la Ley de Libertad Religiosa, apuesta por el divorcio exprés y el matrimonio homosexual, transforma el aborto –hasta entonces despenalizado– en un derecho, aprueba la primera ley antitabaco, impulsa la llamada memoria histórica, desmonta el Archivo de Salamanca, llama a la reconciliación de culturas y civilizaciones o fomenta el turismo multicultural de la vicepresidenta del Gobierno. En cierta manera –como indicaba Ezio Mauro–, se podría decir que usted –su imagen de marca y el pensamiento flácido que representa– ha convertido la política en una suerte de *spot* en imágenes para solaz y deleite del votante-consumidor. De su votante-consumidor. Un espacio publicitario en que, por decirlo a la manera de Ezio Mauro, desfilan “las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”; que transforma al político en actor –comediante o galán, según imponga el guión– y al ciudadano en un espectador que aplaude.

Usted, señor Presidente, es un ejemplo de la teoría de los marcos del lingüista norteamericano George Lakoff. No sé si usted ha leído el libro *No pienses en un elefante*. Pero sus asesores seguro que sí lo han hecho y han actuado en consecuencia. Señala nuestro lingüista que los éxitos cosechados por los republicanos norteamericanos tienen una explicación: lo que importa

no es la realidad, sino el marco en que se mueve el discurso político. Los republicanos norteamericanos, al sumergirse en el marco de sus votantes –identidad, maneras de ser y pensar, valores, proyectos y deseos: en definitiva, la estructura mental que conforma la visión del mundo– y hablar desde dentro del mismo diciendo lo que quieren oír, consiguen su voto. ¿La realidad? No cuenta. Señor Presidente, felicite a sus asesores por la sabiduría mostrada al aplicar en España la teoría de los marcos de George Lakoff. ¡Dos elecciones generales ganadas, señor Presidente! ¡Felicidades! Y felicidades también, porque el neopopulismo sonriente que usted practica –con su apelación constante a la ética, la honestidad, la solidaridad, la no discriminación, la igualdad o el diálogo– ha conseguido lo que pretendía: connotar negativamente –adiós a los consensos básicos de la Transición que tanto costaron de obtener– a una derecha en pecado original permanente y sin posibilidad de redención. En definitiva, el conocido yudo moral de una izquierda prepotente y displicente que sería encarnación del “bien” y el “progreso”.

## **USTED HA CONVERTIDO LA POLÍTICA EN UN EJERCICIO DE MARKETING PARA ALCANZAR Y CONSERVAR EL PODER**

Señor Presidente, decía antes que usted ha convertido la política en una suerte de *spot* diseñado –mucho olfato, mucho *marketing*, mucho prejuicio ideológico– con el objeto de alcanzar y conservar el poder. Y a fe que lo consiguió durante la primera legislatura. Pero más allá del arte de la representación que usted domina está –como señalaba Ezio Mauro– “la mala experiencia del gobierno”. Una experiencia –la crisis económica y otras cuestiones– que, por decirlo a la manera del periodista italiano, generó –ahora sí– una “verdadera opinión pública” que propició la pérdida del encanto y de la confianza. ¿Qué ocurrió? Al socaire de la crisis económica –que usted escondió recurriendo a un ejercicio de malabarismo semántico que rozó lo ridículo: ¿cómo pudo cometer semejante error?–, el ciudadano percibió que el Presidente del Gobierno manipulaba la realidad –¡el engaño!– y no quería dar malas noticias ni tomar medidas impopulares. Percibió la incompetencia de un Gobierno incapaz –poca preparación, escasa profesionalidad, falta de experiencia, ausencia de determinación– de dar la respuesta adecuada a la crisis económica. Percibió que cualquier crítica al Presidente era tildada –la

culpa es siempre del “otro” – de ultraliberal, asocial y antipatriótica. ¡Menuda democracia la que criminaliza al adversario por el simple hecho de pensar distinto! Cosa sorprendente en un político como usted que –¿lo recuerda?– llegó al poder con la bandera de la regeneración democrática.

Señor Presidente, se queja usted de la falta de colaboración de la oposición. Dos cosas, al respecto. En primer lugar, reconocerá usted que una parte de la oposición –CiU o el PNV– ha estado siempre a su disposición a cambio de concesiones, prebendas, regalías o fueros. El segundo lugar, olvida usted que durante la segunda legislatura el Gobierno vetó 83 propuestas con las que el Partido Popular intentaba hacer frente a la crisis. En definitiva, usted tuvo la colaboración que quiso. ¿Que usted no es el culpable de la crisis? Cierto. Pero, su tozudez en negarla –lea usted irresponsabilidad–, así como el derroche de dinero público para ocultarla, agravaron la crisis y sus consecuencias hasta extremos difíciles de imaginar. Y de soportar por una ciudadanía abandonada a los vaivenes de la crisis.

Señor Presidente, el engaño, la irresponsabilidad, la falta de liderazgo y la ausencia de hoja de ruta dañaron muy seriamente –¡ay!– su imagen. Y ahí, señor Presidente, empezó la caída libre. Se acabó el idilio. Se acabó la suerte. El ciudadano se sintió engañado. La crítica al Gobierno –la crítica al presidente del Gobierno: el personalismo en política tiene sus peajes– pasó a ser el denominador común de buena parte de la ciudadanía de derecha y de izquierda. Con el tiempo se consolidó la idea de que usted –inflexible, elusivo y optimista sin causa: es decir, irresponsable– era incapaz de enfrentarse a la crisis, de que usted no tenía ninguna respuesta –sólo gestos, ocurrencias y bandazos aderezados con el intento de marginar a la derecha previamente descalificada– para hacer frente a la realidad de la recesión y el desempleo.

¿Por qué no se enfrentó a la crisis, señor Presidente? Sospecho que por tres razones: en primer lugar, por los prejuicios ideológicos propios de una izquierda incapaz de asumir determinadas prácticas liberales; en segundo lugar, para no irritar a ese sindicalismo corporativo con el que usted mantenía –¿quién no le recuerda en Rodiezmo cantando la Internacional con el pañuelo rojo anudado en el cuello?– unas excelentes relaciones; en tercer lugar, porque confiaba en una recuperación mundial a corto o medio plazo capaz

de reflotar la maltrecha economía española. Pero sus reiteradas previsiones fallaron y los brotes verdes sólo existieron en el *spot* de propaganda electoral. Lo que también le falló, señor Presidente, fue el intento de echar la culpa a los mercados, la banca, los especuladores y la derecha. La irresponsabilidad se tradujo en la pérdida de confianza y en un descontento social que acabó invadiendo –¡qué desagradecidos que son los sindicatos de clase que reciben generosas subvenciones del Estado!– la calle. Y no es cierto que usted no supiera explicar las medidas tomadas contra la crisis. Dichas medidas no existieron hasta mayo de 2010.

El Presidente que prometió el pleno empleo en España será recordado como el Presidente de los cinco millones de desempleados; el Presidente bajo cuyo mandato hubo un millón y medio de familias con todos sus miembros desempleados; el Presidente que propició que diez millones de españoles vivieran en el umbral de la pobreza. El Presidente de la igualdad de género, el matrimonio homosexual, el aborto como derecho o el pacifismo ingenuo, será recordado como el Presidente que buscaba recaudar votos a cualquier precio. El Presidente que intentó anotarse el final de ETA, sin reconocer que se trataba de un triunfo de la democracia española, sin que se supiera qué ocurrió realmente durante el último proceso de paz, socavó la confianza del ciudadano. Y la gestión de la crisis acabó por hundirle.

Señor Presidente, no se ampare en la crisis. No es verdad que nadie advirtiera la crisis y que, por tanto, usted estuviera libre de culpa cuando negaba la existencia de la misma. Y si no había crisis –ésa era su lógica–, no podía haber medidas. Señor Presidente, haga un poco de memoria. ¿No recuerda usted que en el 2002 el socialdemócrata alemán Gerhard Schröder impulsó una serie de reformas estructurales en el marco de la denominada Agenda 2010 con el objetivo de reducir el déficit y la deuda que no anunciaban nada bueno? ¿No recuerda aquel informe de 2009 en el que el Fondo Monetario Internacional le reprende por no haber tomado las medidas necesarias para hacer frente a la crisis durante 2007 y 2008? Sí, aquel informe que usted –qué sentido del humor el suyo– despachó diciendo –en alusión a Rodrigo Rato, entonces director gerente de la institución– que “el FMI se equivoca un rato”. El FMI no se equivocaba al afirmar que en 2008 –ilas elecciones se debían ganar “como sea”!– usted había malgastado el 4,5% del PIB en inversiones

de dudosa rentabilidad (afortunadamente, el FMI no es rencoroso y sus ayudas le han dado para enfrentarse a la crisis). Señor Presidente, usted siempre ha tenido maña en eso de las inversiones políticamente productivas –los 400 euros a cuenta del IRPF que supusieron un dispendio de 6.000 millones de euros, los 2.500 euros del cheque bebé, la renta de emancipación juvenil–, pero económicamente improductivas. Ruinosas. ¿Qué hay de la economía sostenible que, para hacer frente a la crisis, usted promovió durante la segunda legislatura? Nada. Puro *marketing*. Y lo mismo se puede decir de una política energética inexistente en una España que depende en un 81% del exterior. Usted, señor Presidente, promete y no cumple. ¡Qué peculiar es usted, señor Presidente! Todo por el voto. La Hacienda española se vacía en función de los intereses electorales del PSOE.

## **USTED HA INSISTIDO EN EL ERROR A SABIENDAS Y HA PRACTICADO UNA POLÍTICA ECONÓMICA IRRESPONSABLE REPLETA DE OCURRENCIAS**

El caso es que usted tuvo dos años y medio para rectificar una política económica llena de ocurrencias. Sin embargo insistió en el error a sabiendas y/o por interés. Si no fue así, la responsabilidad, por omisión o improvisación, es exactamente la misma. No me negará que fue una improvisación –una irresponsabilidad– actuar contra la lógica de la austeridad impuesta por la crisis –había que reducir el déficit público– cuando aprobó un doble Plan E –¡8.000 millones de euros el primero y 5.000 millones de euros el segundo!– y creó más empleo público. Mucho gasto y escaso resultado. El déficit siguió ahí. Y los intereses de la deuda –¡27.000 millones de euros anuales!– aumentaron. ¿El equilibrio presupuestario? ¿El Plan de Estabilidad de la Unión Europea? Papel mojado. ¿A quién se le ocurre aumentar el gasto cuando baja la recaudación fiscal y aumentan los intereses de la deuda? A usted, señor Presidente. ¿Qué esperaba? ¿Un milagro? El milagro –usted, ateo como intuyo que es, lo debería saber– no llegó. Lo que sí llegó –un récord– es un déficit del 11, 6% del PIB. Y la prima de riesgo de la deuda soberana del Reino de España se puso por los aires: ¡500 puntos básicos! Y un interés –insostenible– del 7%. Afortunadamente, el Banco Central Europeo para el golpe comprando deuda soberana española en el mercado secundario. Pero el déficit hay que reducirlo

y la deuda hay que pagarla –por cierto, ese par de facturas dificultan y dificultarán durante años el crecimiento necesario para recuperar el empleo– bajo amenaza de refinanciación, quiebra o intervención económica. El inmovilismo, la demora en la toma de las medidas adecuadas, el estar superado constantemente por los acontecimientos, el clientelismo –así se consigue el apoyo o el silencio de Autonomías y sindicatos de clase– como forma de hacer política, la improvisación y la incoherencia como método, todo eso se tradujo en un aumento del desempleo y una pérdida del poder adquisitivo de los españoles. Y se tradujo, también, en el deterioro de la economía española y la pérdida de confianza en España. Señor Presidente, la calamitosa situación económica ha puesto en evidencia la incapacidad y falta de seriedad de su Gobierno. Y está la pésima imagen de un Gobierno en el que sus miembros –presidente, vicepresidentes, ministros– se desmienten unos a otros.

En mayo de 2010, a toda prisa, en un fin de semana, para evitar la intervención de la Unión Europea, usted se vio obligado –seamos claros, le obligaron a seguir el manual de instrucciones redactado en Bruselas y Berlín con el plácet de Washington y Pekín– a reducir los gastos, congelar las pensiones y rebajar el sueldo de los funcionarios. ¿Y la promesa de no tocar pensiones ni sueldos? ¿Qué queda del defensor acérrimo de los derechos sociales? Algún bromista dice que usted nunca traiciona sus principios porque no los tiene. En cualquier caso –ninguna novedad–, no cumplió su palabra de conservar intacto el Estado de bienestar. Tarea por otro lado imposible, si tenemos en cuenta que una Hacienda maltrecha –usted la ha dañado– difícilmente puede mantener el bienestar de los ciudadanos. Malos tiempos para los españoles. Lo decía antes: desempleo, deterioro de la economía familiar y nacional, pérdida de confianza.

Después de mayo de 2010, usted promovió una doble idea: en primer lugar, el Presidente era una víctima de la crisis; en segundo lugar, el Presidente se autoinmolaba por la ciudadanía española. Pero la víctima de la crisis era y es el ciudadano español. En todo caso, usted es víctima de su propia irresponsabilidad e incompetencia al negar la crisis y obrar en consecuencia. Por lo demás, o el “sacrificio” o una intervención económica de España por parte de la Unión Europea, le habrían obligado a dimitir a corto plazo. Sea como fuere, las medidas exigidas por la Unión Europea se tomaron. Pero



–como no podía ser de otra manera en un político sin convicciones– a medias. Y así nos dejó usted. A medias. Una reducción del déficit a medias, una reforma laboral a medias, una recapitalización financiera a medias. ¡Menuda herencia, señor Presidente! Ciertamente, las reformas –se podían haber hecho de otra manera menos dolorosa de haber empezado antes–, aunque a medias, están ahí. ¿Por qué no se completan o se completan únicamente bajo presión de la Unión Europea y de los mercados? Insisto en lo dicho: sospecho que usted siempre ha confiado en el milagro, que lo suyo es el prejuicio ideológico que le conduce al inmovilismo, que el objetivo es la resistencia a la espera de una recuperación internacional que pudiera tirar de la economía española. Sigue el neopopulismo –renovado y adaptado a las circunstancias: ¡qué remedio!– con el objetivo de evitar la radicalización de la protesta –sindical y no sindical– y conservar lo que se pueda del naufragio.

Le comprendo, señor Presidente. Comprendo su afán de supervivencia, su deseo de no pasar a la historia como el peor Presidente de la recuperada democracia española. Comprendo también que no resulta fácil aceptar y asumir una política que usted negó explícitamente. Comprendo que usted no puede reinventarse sin que quede en evidencia.

Preguntas: ¿por qué no dimitió a tiempo para que los ciudadanos se ahorrraran el calvario que ha supuesto su segundo mandato? ¿Por qué convocó elecciones generales más de doscientos días después de anunciar que no se presentaría a las mismas? ¿Por qué convocó las elecciones generales más de cien días después de haberlas anunciado? ¿Quizá dilató el periodo de convocatoria electoral con el objetivo de que las reformas impulsadas por el PP en las Comunidades Autónomas que gobernó después de las municipales le pusieran a éste en evidencia y así poder montar la campaña del miedo a la derecha que recorta derechos sociales? ¿Por qué no aceptó que usted estaba incapacitado, políticamente hablando, por falta de convicción –por prejuicio ideológico, como dije antes– para capitanear las reformas que necesitaba España? ¿Qué esperaba usted? El poder, señor Presidente. Un grave error. Un doble error que le perjudica a usted y a su partido y que nos perjudica a todos.

La permanencia en el poder “como sea” le perjudica a usted porque patentiza que ése es su interés fundamental. Y perjudica a su partido porque

le transporta, literalmente hablando, a la Unidad de Cuidados Intensivos de la política española. Al respecto hay que admitir que la culpa no es únicamente suya, sino de un PSOE que, conociendo su retórica e insuficiencias –las suyas, señor Presidente–, no dijo nada. El poder, otra vez. ¡Qué ingratos son los compañeros que antes –cuando tenían mando en plaza– le reían las gracias y después –cuando el poder se evapora– le marginan sin contemplaciones! La política es así de dura e ingrata, señor Presidente.

Retomo el discurso para decir que la permanencia en el poder “como sea” nos perjudica también a todos, porque España necesita un Presidente con la suficiente determinación y coraje para impulsar aquellas medidas que puedan sacarnos de la crisis. El resultado de este doble error: usted se ha convertido en un problema para los suyos y un problema para todos. Los suyos necesitan un líder capaz de recuperar el prestigio y la iniciativa perdidos. Todos necesitamos un líder capaz de reconocer la realidad y obrar en consecuencia.

## **USTED HA ANTEPUESTO EL PREJUICIO IDEOLÓGICO Y EL ELECTORALISMO AL INTERÉS NACIONAL**

Más allá de la economía –esa infraestructura que determinaría en última instancia la estructura social, según la teoría marxista que usted estudió en sus años de formación socialista– está la superestructura. Es decir, lo político y lo social. Hablemos de la política. Señor Presidente, al término de su mandato estamos peor que al inicio del mismo. Y ello es así porque, en cuestiones de política de Estado, la ideología y el electoralismo –“las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”, en palabras ya citadas del periodista italiano Ezio Mauro–, se han impuesto al interés nacional. Durante su mandato, señor Presidente, la política de Estado se ha convertido en rehén de la ideología y el electoralismo del Gobierno socialista.

Si nos detenemos en la estructura territorial de España, ¿qué encontramos? Unas reformas estatutarias que corren el riesgo de desvertebrar la Nación española y convertir el Estado español en un agregado de Autonomías o –no se trata de un juego de palabras– en una “autonomía” de las Comunidades Autónomas. Y ello, en detrimento de la arquitectura constitucional es-

pañola y la cohesión –política, económica, social y sentimental– interterritorial de España. Señor Presidente, ¿se acuerda usted de aquel mitin electoral en Barcelona en el que prometió apoyar la reforma estatutaria que saliera del Parlament de Cataluña? Aunque estuviera en campaña electoral, ¿cómo pudo prometer –así, sin ninguna precisión al respecto– eso? Electoralismo de bajo vuelo. Afortunadamente, usted –como de costumbre– no cumplió lo prometido. Es cierto que el contenido del Estatuto de Cataluña fue atenuado por el Congreso y el Tribunal Constitucional. Pero ahí está un Estatuto que en la práctica implica una reforma callada de la Constitución que supondría una modificación tácita del modelo de Estado, que habla de la condición jurídico-política de la nación catalana y la relación bilateral entre el Estado y Cataluña, que quiere asumir una serie de competencias que pertenecen al Estado –verbigracia: Justicia, emigración, fiscalidad, financiación autonómica, política migratoria, convocatoria de consultas populares y un largo etcétera que exige una lectura abusiva del artículo 150.2 de la Constitución, un cambio de siete leyes orgánicas y, probablemente, una reforma de la propia Constitución– o a la Unión Europea, que legaliza y legitima la deriva monolingüe de la lengua catalana en perjuicio de la lengua castellana. Por no hablar de un Estatuto en clave intervencionista –política, económica, social, ecológica y cultural– que haría las delicias del George Orwell que inventó la figura del Gran Hermano. Señor Presidente, ¿por qué impulsó usted una reforma estatutaria que obedecía a la irresponsabilidad de unos políticos catalanes que ansiaban dar otra vuelta de tuerca a sus fantasías soberanistas?

El PSOE –usted, señor Presidente–, para acceder al poder y mantenerse en el mismo, necesitaba consolidar y aumentar ese granero de votos socialistas que es Cataluña. De ahí, que usted, en el Palau Sant Jordi, con dos banderas catalanas como telón de fondo, dijera “apoyaré la reforma del Estatut que se apruebe en el Parlament” con el doble objetivo de connotar negativamente a un PP que se opondría y captar parte del voto frontera que el PSC comparte con CiU. El resultado: el modelo autonómico está desbordado, la deriva confederal ha hecho acto de presencia, la denominada construcción nacional de Cataluña está en marcha en un proceso acelerado de nacionalización y reivindicación nacionalista con el objetivo de alcanzar –de momento– una nueva redistribución del poder según la cual el Estado –residual– sería una suerte de Comunidad Autónoma de Cataluña. Por si fuera poco, otras Comunidades

Autónomas, a imagen y semejanza de lo ocurrido en Cataluña, se embarcaron en una particular vía de reforma estatutaria –¿quizá la ciudadanía demanda esa reforma?– marcada por la rivalidad –¿quién obtiene más?– y el agravio –ahí está la querrela del agua que enfrentó a Castilla-La Mancha con otras Comunidades– entre territorios. Unas reformas que, probablemente, obedecían a la necesidad de justificar el nuevo Estatuto de Cataluña. Todo ello, señor Presidente, por un puñado de votos. ¿Valió la pena?

En política internacional la cosa no nos ha ido mejor. Nos ha ido peor. Con usted, señor Presidente, España descendió a la segunda división mundial de la política internacional. ¿Recuerda aquel día de infausta memoria en que permaneció sentado mientras desfilaba la bandera de Estados Unidos? ¿Recuerda el día en que ordenó la apresurada huida –retirada, decía usted– de las tropas españolas en Iraq que estaban allí en virtud de un mandato de la ONU? ¿Recuerda la proclama de Túnez en la que pedía que los países de la coalición internacional se marcharan también de Iraq abandonando así a las tropas de Estados Unidos? ¡Imposible encontrar a un dirigente político que cometa tantos deslices en tan poco tiempo! Y en política internacional, como en otros ámbitos, los deslices pasan factura. Para los Estados Unidos de su denostado George W. Bush y su adorado Barack Obama, España pasó a ser un número de teléfono en una agenda. Pero el teléfono no sonó. Corrijo: el teléfono sí sonó en mayo de 2010. Su adorado Barack Obama al aparato. Y usted, que oye que debe llevar a la práctica, de inmediato, las medidas de austeridad económica que le exige la Unión Europea y el mercado. Y usted obedece. Pero, ¿no habíamos quedado que usted, señor Presidente, no se somete a los dictados del imperio norteamericano? “No preguntes lo que Obama puede hacer por ti, pregunta lo que tú puedes hacer por Obama”, dijo usted –sí señor, a eso se llama tener política internacional propia– en una memorable e inolvidable ocasión. Quizá sea eso.

Si continuamos en el continente americano, ¿cómo es posible que en la XXI Cumbre Iberoamericana –impulsada por España– celebrada en Asunción (2011) sólo asistieran once de los veintidós jefes de Estado o de Gobierno? Cuando América Latina se aleja de Europa y dirige la mirada y el negocio a Estados Unidos y Asia, ¿cómo es posible que España –con fuertes lazos histórico-culturales e intereses económicos en el subcontinente ameri-

cano– se desentienda de la realidad? Señor Presidente, usted ha dilapidado los esfuerzos que, desde hace décadas, ha realizado España en América Latina.

Si nos trasladamos a Europa, ¿qué balance del semestre de la presidencia española (2010)? Admito que usted llegó a la Presidencia europea –crisis económica, Afganistán, Próximo Oriente– en un mal momento. Cierto. Pero también es cierto que usted tuvo una nula capacidad de influencia. Cosa lógica si tenemos en cuenta que usted, señor Presidente, nunca ha tenido política internacional. Un detalle harto significativo: usted, señor Presidente, no cumplió el plazo que le obligaba a presentar en el Congreso el documento sobre las prioridades de la Presidencia española de la Unión Europea. ¿Qué ideas sobre Iraq, Irán, Afganistán, Oriente Próximo, la incorporación o no de Turquía, el Sahara, los Balcanes, Rusia o la OTAN? Como señalan las encuestas: no sabe, no contesta. En el mejor de los casos, generalidades sobre el empleo, el cambio climático, las libertades ciudadanas, la iniciativa legislativa popular, el aumento de escaños en el Parlamento Europeo, el Servicio Europeo de Acción Exterior o la Unión Mediterránea.

Y el caso es que usted, señor Presidente, sí ha tenido –se trata de una forma de hablar– política internacional. Ahí están las sonrisas dirigidas a esos demócratas sin tacha que son Fidel Castro o Hugo Chávez. Usted, señor Presidente, abogó por la supresión definitiva de las sanciones a Cuba al creer que la dictadura evolucionaba positivamente (!). Y ahí está, también, ese sueño de adolescencia, esa huida de la realidad, esa racionalidad simplista que obedece al nombre de Alianza de Civilizaciones. La pregunta: ¿cuál puede ser la razón de la inanidad –o los errores– en política internacional? Insisto en lo dicho anteriormente: desconocimiento, negligencia, prejuicio ideológico y electoralismo de bajo vuelo.

## **USTED HA ENSAYADO EL DOCTRINARISMO DE UNA IZQUIERDA QUE QUIERE REEDUCAR AL CIUDADANO**

De lo político a lo social. Señor Presidente, en el ámbito de lo social –de lo político-social, para ser más exactos– reaparecen “las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”. La izquierda española

–usted, señor Presidente–, lejos de rectificar, persiste. Y lo hace en tanto que española y en cuanto que izquierda. En tanto que española, continúa sumergida en la dinámica frentista propia de los años treinta del pasado siglo que opone la izquierda bondadosa y transformadora a la derecha perversa y reaccionaria. Y no sólo eso, sino que incurre en lo que podríamos denominar el síndrome de 1934, según el cual sólo la izquierda está legitimada políticamente para gobernar, siendo la derecha o el centro liberales un mero accidente en el camino que hay que superar o eliminar.

La izquierda española, en cuanto que izquierda, nos devuelve a la época del imperialismo doctrinal modelo *prêt-à-porter* de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Una izquierda que se cree en posesión de la línea correcta que seguir, considera que es la expresión de nuestra conciencia crítica, se presenta como modelo de conducta ética e, incluso, como directora de los gustos estéticos del ciudadano consumidor de cultura. Y esta izquierda –enferma como está de certezas e irrefutable por definición–, en su afán por conducirnos –supuestamente– al mejor de los mundos, insiste en vigilar la ciudad y en reñir, avergonzar y excomulgar a los ciudadanos que piensan de una manera diferente. De ahí, la ingeniería social deliberada de una izquierda omnisciente que se cree en posesión de la verdad. Una ingeniería que, disfrazada de “republicanismo cívico” y “libertad como no dominación” –eso afirma Philip Pettit, al parecer su politólogo de cabecera–, ha jalonado sus dos legislaturas en el poder. Ahí está la nueva ley de interrupción del embarazo, el matrimonio homosexual, la ley de igualdad, la paridad por decreto, la educación para la ciudadanía, el laicismo rampante, el sectarismo en cultura, la ley antitabaco y la recuperación selectiva y sectaria de una memoria histórica con la que, por cierto, se pretende identificar al centroderecha con el franquismo. En definitiva, perdura esa obsesión de la izquierda por crear un hombre nuevo. Ese empeño en reeducar al ciudadano –inos quieren hacer libres a la fuerza bajo pena de excomunión social e ideológica!– en los valores de la corrección política de la izquierda.

Y ya que hablamos de educar y reeducar, no se puede olvidar que usted, señor Presidente, armado de ideología progresista, ha consolidado los disparates –igualitarismo del hormiguero, promoción automática de curso, reducción de contenidos, relativización del esfuerzo, merma de la exce-

lencia, pérdida de autoridad del esfuerzo y relajación de la disciplina— de una LOGSE que ha conducido al fracaso escolar. Y ya que en esta carta he hablado varias veces de “las obsesiones privadas convertidas en prioridades de la República”, no quisiera despedirme sin mencionar su política en materia de Justicia. En esta cuestión aparece la obsesión por neutralizar la independencia del Poder Judicial y la Fiscalía vía modificación de las reglas electorales. ¿El objetivo? Limitar el acceso a los órganos de la judicatura de unas asociaciones profesionales tildadas de derechas. En definitiva, el prejuicio ideológico y el electoralismo que no cesan.

### **USTED HA DEJADO UNA ESPAÑA EMPOBRECIDA, DISMINUIDA, DIVIDIDA Y DESPRESTIGIADA**

Señor Presidente, al inicio de estas líneas me tomé la licencia de compararle —un aire de familia, decía— con Silvio Berlusconi. Cuando esta carta llega a su final, me tomo otra licencia. Usted, señor Presidente, comparte también un aire de familia con el cardenal italo-francés Giulio Mazarino. Se equivocan quienes le comparan con Maquiavelo. A usted le ha faltado el oficio y la agudeza del Príncipe. Y eso, por seguir con el florentino, ha hecho que pierda la confianza de una ciudadanía que le considera “voluble, frívolo, pusilánime e irresoluto”. Dice Maquiavelo que “un príncipe debe guardarse de estos reproches como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se vea grandeza de ánimo, valor, firmeza y fortaleza”. No es el caso. Un siglo y medio después de la publicación de *El Príncipe*, ve la luz un manuscrito del cardenal Giulio Mazarino que se edita con el título *Breviario de los políticos*. Sostiene Mazarino que el oficio de político implica la observancia de una máxima: “simula y disimula”. El consejo del cardenal al gobernante: “Ejercítate en ser capaz en toda ocasión de defender una causa y la causa contraria”. Mazarino o el que “sabía fingir toda condición”, sentenció La Rochefoucauld. Por decirlo en italiano: el cinismo programático como vía de acceso a “*la brutta cupidità di regnare*”. Eso parece.

Señor Presidente, usted ha socavado el presente de España e hipotecado su futuro inmediato. En la hora de su marcha, todo está por recomponer o reconstruir. Su legado: una crisis —económica, política, social,

judicial, institucional, educativa– galopante, una Nación discutida, un Estado resquebrajado, una imagen internacional devaluada de España. En definitiva, una España empobrecida, disminuida, dividida y desprestigiada.

Señor Presidente, probablemente falte perspectiva para valorar su labor de gobierno. Pero, sospecho que la historia no le absolverá. Sospecho que usted pasará a los libros como el peor Presidente de la reciente historia democrática de España. Y, por si ello fuera poco, ha llegado usted en uno de los peores momentos. A pesar de todo, le deseo lo mejor. Adiós, señor Presidente.

Barcelona, 20 de noviembre de 2011  
Miquel Porta Perales

## **PALABRAS CLAVE**

Zapatero • España • Formas actuales de pensamiento antiliberal

## **RESUMEN**

La España empobrecida, disminuida, dividida y desprestigiada es la perfecta síntesis final que muestra la carta que Miquel Porta Perales ha dedicado al ex presidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero. En ella se repasa la maltrecha herencia de sus dos legislaturas y su afición al neopopulismo, al pensamiento flácido, al *marketing* electoral, a la irresponsabilidad, al doctrinarismo y al prejuicio ideológico particular por encima del interés nacional.

## **ABSTRACT**

*The impoverished, diminished, divided and discredited Spain is the perfect final synthesis that shows the letter Miquel Porta Perales has dedicated to former president, José Luis Rodríguez Zapatero. In it, he goes over the battered inheritance of his two terms in office and his fondness for neopopulism, flaccid thinking, electoral marketing, irresponsibility, doctrinarianism and particular ideological prejudices above national interests.*